

Uno

*En algún lugar de las montañas de Fujian,
en el sureste de China*

Caminaba por el bosque como sólo las criaturas que han pasado su vida en él pueden hacerlo. Con largas zancadas, pero sin levantar ni el más mínimo ruido. A pesar de su peso. A pesar de su envergadura.

Estaba a punto de amanecer, y aunque en breve el sol borraría toda la magia del bosque, aún reinaba la penumbra que le confería aquella atmósfera tan especial. Aspiró despacio el aliento que exhalaba la naturaleza, como si fueran dos amantes. Olía a humedad y a dulce, como siempre. Era el olor de la muerte, de infinitas cantidades de materia orgánica en descomposición, pero también de la exuberante vida que se generaba a partir de todo aquello. Exuberante, y bulliciosa: el ruido de mil pájaros lo llenaba todo, anticipando el día que estaba a punto de llegar. Aún hacía fresco, y el rocío de la noche acumulado en las hojas se prendía en el vello de su inmenso pecho, mientras avanzaba y las rozaba al pasar.

Con cerca de dos metros de altura en posición erguida, no podía decirse que fuera bajo. Pero su enorme tórax y su desproporcionada espalda descompensaban su figura. Sus ojos inteligentes escrutaron la maleza. No veía nada más allá de lo inmediato. Altos muros de vegetación lo envolvían, y allá arriba, las copas de los árboles se unían formando un dosel que cubría todo el bosque, haciendo que las sombras que lo rodeaban se confundieran unas con otras. Se detuvo por un momento y aguzó los oídos. La jungla despertándose lo llenaba todo. Tampoco olió nada fuera de lo normal. Imposible, con aquel dulzor.

Siguió caminando, apartando con su manaza los arbolitos y las ramas que se interponían en su camino. No había senderos que seguir allí, aunque sí los habría más adelante, una vez que llegara al claro. Porque el claro era el lugar por el que todos pasaban cuando querían ir a beber al río. Aunque él no quería beber.

Él estaba de caza.

Avanzó expectante, tenso, ligeramente encorvado, mirando alrededor con los mismos ojos de depredador que habían caracterizado a su especie desde hacía siglos, milenios. Buscando cualquier indicio que lo avisara de la presencia de otro gran depredador en su territorio. De uno en especial. De aquel que venía buscando desde hacía días.

Y así, sin que nada en especial se lo indicase, sintió que estaba cerca, en alguna parte. Apretó los dientes y contrajo los labios en un gesto de sonrisa animal, una mezcla de excitación y tensión con la que anticipaba el encuentro. Se irguió por un instante, tiró de la cuerquita con la que arrastraba a la cabra que caminaba dócil detrás de él, y continuó avanzando hacia el claro.

Un instante después comenzó a hablar por el micrófono inalámbrico que tenía prendido en la camisa, abierta de par en par. Se llamaba Yerro, Mario Yerro. Era el director de los proyectos de campo de la BAUN, y lo estaban grabando con una cámara.

—Puede que hoy sea el gran día —dijo sin levantar la voz—, así que estad todos preparados. Y tú, Gérard, más te vale sacarme guapo.

No le hizo falta verlos para saber que tanto el cámara que lo seguía de cerca, como el resto de los miembros del equipo que estaban un poco más allá, hacían esfuerzos para no reír. A pesar de que Antonella Crevella —*Ella*, la directora de comunicaciones y relaciones externas de la BAUN— y buena parte del resto de féminas de la agencia solían quedarse fascinadas por ese magnetismo animal que desprendía, todos sabían que a Yerro no le hacía demasiada gracia verse en pantalla. Lo hacía sólo porque era consciente de la importancia que tenían para los planes de la BAUN los documentales que grababan, y porque desde el principio *Ella* se había empeñado en que fuera el propio Mario, y no un actor, el que presentara al público los momentos más interesantes de las investigaciones y descubrimientos que estaban llevando a cabo.

De cualquier manera, estaba comenzando a cogerle el gusto, así que cuando se dirigió a su invisible público lo hizo con soltura:

—Llevamos cinco días rastreando esta zona de la reserva natural de

Wuyishan, en el norte de la provincia china de Fujian, y hasta ahora no hemos tenido toda la suerte que querríamos –dijo en voz baja mientras caminaba–. Nos hemos centrado en los lugares donde los campesinos han tenido los avistamientos, pero lo máximo que hemos encontrado hasta el momento han sido unas huellas bastante estropeadas y de las que poco hemos podido sacar. Tampoco es de extrañar. A fin de cuentas la reserva tiene más de ciento sesenta mil hectáreas, está llena de montañas, ríos y bosques, y es tremendamente fácil pasar desapercibido. Sobre todo para un animal como el que estamos buscando –añadió con una sonrisa, mientras miraba hacia la cámara–. Su propia existencia siempre ha estado envuelta en un halo de leyenda.

Continuó avanzando un par de minutos, hasta que por fin el claro apareció tras las últimas plantas. Era una zona amplia, de vegetación muy baja, con un radio de más de treinta metros. Un camino lo atravesaba. A la derecha, bajaba hasta el río. Por el otro lado se internaba en el bosque.

Yerro cruzó el claro, se detuvo junto al camino, y volvió a dirigirse a la cámara. Gérard se había detenido en el borde para tener una buena perspectiva. La claridad iba en aumento y la vegetación aparecía en su visor con un oscuro tono azulado. Los ojos de Mario brillaban entre las sombras de su rostro.

–Pero creo que hoy tendremos suerte. Varias de las huellas que vimos estaban en este sendero, que es el que han de seguir todos los animales para ir a beber. Y además contamos con una ayuda extra, *Daisy*.

Miró a la cabra, que no parecía especialmente feliz de estar allí. Ella le devolvió la mirada con el menor entusiasmo del que fue capaz y movió las orejas.

–Uno de los campesinos que vio al animal asegura que éste cazó a una de sus cabras, así que vamos a utilizar a *Daisy* como reclamo. También trajimos ayer por la tarde un lanzador de redes, que dejamos en aquel borde del claro –dijo, señalando un punto indeterminado al frente, hacia la derecha.

Gérard dejó de encuadrarlo y enfocó por un momento hacia donde Yerro señalaba. Allí, disimulados entre la vegetación, se adivinaban los perfiles de los tres miembros restantes del equipo, que esperaban en absoluto silencio, y del pesado aparato. Se trataba de una especie de mesa baja de color verde que tenía sobre ella cinco proyectiles,

parecidos a flechas sin punta y dispuestos en abanico, que al dispararse a la vez arrastrarían una red y la desplegarían sobre el blanco. Ya lo mostrarían más claramente cuando editasen el reportaje. Lo grabó por un momento y volvió a centrar el objetivo en Yerro.

—El plan es atar a *Daisy* aquí y después esperar camuflados a que aparezca. Cosa que hará, si tenemos suerte.

Se tocó sin darse cuenta la parte de atrás de su poderoso cuello, donde el vello se le acababa de erizar ligeramente.

—Y en cuanto entre en el claro para acercarse a ella —continuó—, dispararemos la red. Después podremos sedarle y estabilizarle, y esperar a que el resto del equipo llegue desde el campamento base. Lo tendremos dormido antes de que le toque siquiera un pelo a *Daisy*, si todo sale según lo previsto.

Sin mucho ánimo ante sus perspectivas de futuro, la cabra miró filosófica a Yerro mientras éste se agachaba a su lado y pasaba la cuerda en torno a un arbolillo.

Y fue entonces cuando las cosas dejaron de salir según lo previsto.

Yerro lo oyó salir a la carrera antes incluso de que Gérard comenzara a gritar, y giró la cabeza justo a tiempo para ver cómo un torbellino azul cruzaba en dos zancadas el claro y saltaba hacia él. Había estado esperando a que se agachara para saltarle sobre la nuca y rompérsela de un mordisco. Giró sobre su espalda, evitando de milagro el primer ataque. La bestia trató de echarle un zarpazo al paso, sin suerte, y sus garras arañaron el suelo y la yerba mientras frenaba su impulso. Cambió entonces de trayectoria y se lanzó de nuevo hacia él con la boca abierta en un horrible rugido. Los ciento diez kilos de Yerro se irguieron justo en el momento en el que el animal se le venía encima. Extendió el brazo izquierdo y cerró el puño agarrándole la piel del cuello, alejando de su cara los enormes colmillos, mientras la otra mano se aferraba en torno a la muñeca de una zarpa azul. La garra derecha se le clavó en la espalda, abriéndole cuatro surcos rojos y reduciendo la camisa a jirones. Se quedaron así por un instante, agarrados los dos, de pie, en un confuso abrazo. Los músculos de Yerro vibraban y se hinchaban, en total tensión, mientras una salvaje descarga de adrenalina trataba de compensar la diferencia de fuerzas. El animal apretaba inexorable, afianzado en la presa que sus terribles uñas habían hecho en la carne, tratando de morderle en la cabeza o clavarle la otra garra, pero Yerro aguantaba con un esfuerzo sobrehumano, em-

pujando como un toro con los colosales músculos de su espalda, de sus hombros y sus brazos, manteniéndolo a raya, luchando por su vida.

Entonces la bestia dio un paso atrás, tomó impulso y le saltó encima.

Por unos instantes Yerro aguantó el peso combinado de los dos cuerpos, que debía rondar los doscientos cincuenta kilos, pero cuando el animal comenzó a arañarle con las zarpas traseras en los muslos y el abdomen, tratando de abrirle en canal, comprendió que así no tenía futuro. Se tiró al suelo y cayeron los dos, uno al lado del otro.

Todavía agarrado a su cuello, manteniendo a distancia las fauces, Yerro encogió las piernas contra su estómago y empezó a patear la tripa de la bestia. Ésta clavó en él sus ojos amarillos, lanzó un rugido de furia e indignación, y le hundió las garras en los hombros, atrayéndolo hacia sí. Yerro se estremeció de dolor, gritó y tensó aún más los brazos, que sentía explotar.

Debían de haber pasado unos veinte segundos desde que comenzara el ataque.

Los rugidos infrahumanos de la bestia y el hombre no dejaron oír el sordo disparo del arma neumática, pero cuando el animal se estremeció y miró con asombro hacia su izquierda, con los dorados ojos desorbitados, Yerro supo sin verlo que un dardo de aluminio colgaba de alguna parte de su hermoso pelaje azul. Llenó de aire los pulmones y gritó:

—¡No dispires más!

El tigre que tenía encima continuó peleando con denuedo, pero cada vez con menos convicción, confuso por las drogas de acción rápida que comenzaban a extenderse por su sistema circulatorio, dudando entre seguir con la frustrada secuencia de caza o huir. Aun así, siguió arañando a Yerro durante más de un minuto, e incluso logró morderle en los brazos una o dos veces. Claro que por entonces ya lo hacía sin apenas fuerzas, con los ojos ausentes, mientras el resto del equipo trataba de sujetarle las patas y la cabeza. Mario Yerro estaba exhausto, tras dos o tres minutos de lucha. Oyó a Gérard, que gritaba sin soltar la cámara:

—Pero ¿por qué no le habéis disparado otra vez?

—Por el Telazol —dijo Yerro, susurrando con una voz que no era la suya—. Puede resultar letal para los tigres.

Y entonces se desmayó.

Dos

Poco más de un minuto después recuperó el sentido. Abrió los ojos y vio a un hombre de ojos azules y pelo canoso, casi blanco, de pie ante él. Parecía muy alto visto desde el suelo, aunque en realidad no lo fuese tanto. El hombre sonrió y le tendió la mano.

—*Auch* —se quejó Yerro mientras se ponía en pie.

—No me extraña que te quejes. Te ha dejado echo unos zorros.

Se llamaba Albert Hehn, y como podía deducirse del rifle de dióxido de carbono Dist-Inject 70 que le colgaba del hombro, se trataba del cazador que había sedado al animal. De un solo tiro, en movimiento, con poca luz, a casi treinta metros de distancia y sin mira telescópica. Y sin darle en el trasero a Yerro, que también era importante.

—¿Y él, qué tal está?

Se lo preguntó mientras movía el cuello y los hombros, asegurándose de que todo seguía en su sitio. Los huesos, al recolocarse, crujieron como las cuerdas de un barco viejo.

—Es ella —le corrigió Hehn—. Y está muy bien. Casi diría que mejor que tú —añadió con media sonrisa, echándole un vistazo a las heridas y arañazos que tenía por todas partes—. Necesitas puntos. Y por cierto, por si no habías caído en el detalle, es azul. Una tigresa azul. ¿Tú lo sabías?

Yerro le contestó con una enigmática sonrisa y le hizo un gesto para que lo acompañara a ver a la gata. Estaba a un par de metros, con Chris Katz, el zoológico especialista en felinos de la BAUN, arrodillado junto a ella. Yerro se agachó a su lado y volvió a preguntar:

—¿Cómo está?

Katz lo miró a través de sus gruesas gafas y repitió el diagnóstico

de Hehn, imperturbable y profesional a pesar de tener un tigre azul ante sus pies:

–Bien.

–¿Saliva demasiado?

Éste era uno de los problemas de sedar a los tigres con Telazol, que, aunque en cantidad moderada, era uno de los componentes del cóctel de drogas que le habían inyectado. Ni mucho menos sería el primer tigre en morir ahogado por su propia saliva.

–No –dijo el zoólogo–. Parece que la atropina funciona. Ha vomitado un poco por la medetomidina, pero ya está bien.

Yerro asintió en silencio. Acarició por un momento la preciosa piel azul con rayas negras, comprobó que el animal estaba en buena postura y le pidió a Katz un tubo de veinte para intubarlo, por seguridad.

–Y dame también un bote de lidocaína –añadió.

Abrió la boca del tigre con ayuda del zoólogo, utilizando los restos de su camisa para protegerse de los dientes. Sacó la lengua del animal y le pulverizó un poco de lidocaína en la laringe, en la zona de las cuerdas bucales. El anestésico haría que la intubación no le molestase. Había capturado a un animal que hasta ahora la humanidad consideraba legendario, en un escenario que no era ni mucho menos el que tenía previsto, y no quería que surgieran complicaciones en el último momento que lo fastidiasen todo. Le introdujo con delicadeza el tubo por la tráquea, lo aseguró inflando el balón de neumotaponamiento, y comprobó que respiraba sin problemas. Cogió el estetoscopio que Katz le tendía sin que lo hubiera pedido y comprobó con satisfacción que los latidos eran fuertes y constantes. El biólogo lo sabía ya. Había hecho un primer examen al tigre mientras Yerro se recuperaba, pero no dijo nada. Se daba cuenta de que lo que tenía delante era un descubrimiento mayúsculo y que Mario Yerro era el responsable de ello.

–Es azul –dijo lacónico, como todo comentario.

Mario levantó la vista y sonrió. Acababa de comprobar que el hueso de la pata trasera izquierda del animal no se había roto con el impacto del dardo.

–Pues ahora que lo dices, es verdad. Hay que vigilar la temperatura y la presión sanguínea.

–Ahora me pongo con ello. ¡Pero es que no puede ser azul! –insistió incrédulo, sacudiendo la cabeza.

Gérard y Hehn estaban de pie junto a ellos, expectantes. También

esperaban que Yerro dijera de una vez de donde había salido aquel animal. Ya era bastante difícil que lograsen capturar a uno de los veinte Tigres de China que se pensaba que quedaban en estado salvaje, pero es que lo que tenían enfrente no lo había visto nadie en la vida.

O al menos eso pensaban ellos.

—De acuerdo —dijo Yerro, poniéndose de pie—. ¿Habrá avisado ya al campamento base? —preguntó señalando con un gesto a un chino de uniforme, a un par de metros de ellos.

Era el jefe de los guardas de la reserva, que los acompañaba por cuestiones de protocolo. Gesticulaba sin parar mientras hablaba a voces por su radio portátil. Parecía muy tenso y excitado.

—Supongo que sí —dijo Gérard—. Eso si es que no lo han visto en directo. La señal es buena y además de grabar estoy emitiendo al campamento. Rachel me acaba de confirmar que lo ha recibido todo, y que está reenviándolo en directo por satélite a la central, en Nueva York.

Rachel era la realizadora de documentales de la BAUN que los acompañaba en la expedición.

Yerro sonrió visiblemente satisfecho.

—Muy bien. Pues esto es lo que pasa: esta preciosidad es lo mejor que le podía pasar a nuestro Noé 7. Y sí, es un tigre azul. Una tigresa. Ponte a grabar y lo explicaré para todos, mientras nuestro amigo chino sigue dándoles el parte a sus jefes. A ver si terminamos antes de que lleguen.

El micrófono inalámbrico que llevaba Yerro estaba tan destrozado como su camisa, así que Gérard le alcanzó uno pequeño de repuesto, con cable. Puso una batería nueva a la cámara y le hizo una seña a Yerro cuando empezó a grabar. Mario se aguantó el mareo que empezaba a sentir y miró a la cámara.

—Ella, encanto —comenzó—, por aquí todos estamos bien. A mí me han masticado un poco pero sigo entero. Os sugiero que en cuanto veáis esto y el jefe dé su aprobación, lo editéis y lo paséis a la prensa. Va a armar un buen revuelo y nos conviene que se airee... En fin, empiezo para que lo montéis.

Trató de componerse un poco para la cámara y se pasó la mano por el pelo, negro y abundante. Estaba manchado de sangre y tierra, así que lo único que consiguió fue dejárselo encrespado como el de un

león. Entre eso, el pantalón marrón ceñido y las botas altas de piel que llevaba como todo vestuario, con el tórax peludo y musculoso repleto de heridas y arañazos, sucio, enorme y sudoroso, se parecía tanto a un melindroso presentador de televisión como un tanque Sherman a un cochecito de golf.

—Algo extraordinario nos ha sucedido al equipo de la BAUN que estamos rastreando a especímenes salvajes del Tigre de China —dijo a la cámara—. Como ya saben, nuestro objetivo era capturar a uno de esos tigres para colaborar con los planes de recuperación que el gobierno chino está llevando a cabo. Hasta ahora están trabajando con animales jóvenes provenientes de zoológicos, trasladándolos a una finca especial en el norte de Pretoria, donde técnicos chinos y sudafricanos están reacondicionando a los animales, con la intención de que sus instintos se reactiven y aprendan a cazar y a reproducirse en libertad. La idea es que luego puedan traerlos y liberarlos en zonas acondicionadas, con la esperanza de que la especie se recupere.

Evitó deliberadamente decir que los chinos fueran a devolverlos a su hábitat natural.

—El problema es que los casi cincuenta tigres que hay en los zoológicos provienen solamente de seis ejemplares capturados hace más de cincuenta años, por lo que todos son parientes próximos, con alta consanguinidad, algo que hace muy difícil la viabilidad del proyecto. Por eso estamos aquí, para capturar un ejemplar que aporte sangre nueva y variabilidad genética a ese grupo tan pequeño. Una misión difícil, pues quedan tan pocos en estado salvaje que hasta hace un par de años se pensaba que se habían extinguido.

Hizo una pausa dramática y dijo por fin:

—Vinimos buscando un tigre, y sin embargo esto es lo que hemos encontrado: una leyenda.

Dio un paso hacia la izquierda e hizo un ademán con la mano, invitando a que la cámara y con ella los espectadores que verían el documental —y que se contarían por millones en unas horas—, pudieran admirar al animal que estaba detrás de él. Y realmente la enorme tigresa, que respiraba tranquila mientras dormía, era digna de admiración. Era de un color azul muy vivo, un tanto oscuro, con las rayas negras características de los tigres escasas y separadas. El lomo, la parte interior de las patas y algunas áreas del rostro, eran más claras, pero sin llegar al blanco. Casi como un animal normal, pero cam-

biando el naranja por azul. Podría ser una mutación, algo raro y excepcional. Aunque ya se habían visto antes tigres así en Fujian.

—La leyenda comenzó en mil novecientos diez —dijo Yerro, con una rodilla apoyada al lado de la cabeza del animal—, cuando un misionero metodista llamado Harry R. Caldwell estuvo trabajando en una misión al sur de esta provincia. Era aficionado a la caza y descubrió que matar tigres le granjeaba el respeto y la admiración de los campesinos chinos a los que trataba de convertir a su Iglesia, así que lo convirtió en uno de sus entretenimientos favoritos.

Se mordió los labios para no mentar a la madre que parió a Caldwell y siguió con la historia.

—Lo interesante del misionero es que, años después, contó en un libro que en una de sus correrías de caza vio que algo movía unos bambúes y estuvo a punto de disparar. Afortunadamente no lo hizo, pues se dio cuenta de que lo que había agitado la maleza era de color azul y pensó que se trataba de un campesino con ropa de ese color. Desencaró el rifle —dijo haciendo el gesto—, y entonces comprobó, asombrado, que no se trataba de una persona, sino de un tigre, un tigre azul. Iba a matarlo para llevar el cuerpo como prueba de su increíble hallazgo, cuando vio que dos niños en los que no había reparado hasta entonces andaban peligrosamente cerca de la línea de tiro. Cambió de posición, pero cuando estuvo preparado de nuevo para disparar, el tigre se había marchado. Nadie terminó de creerse la historia, y se incorporó a las leyendas de la zoología; al catálogo de animales imposibles. Al menos hasta hoy.

Acarició la cabeza de la tigresa, que movió un poco los bigotes y pareció ronronear en sueños. Yerro se puso de pie. Hizo un ademán con su enorme brazo, que pareció abarcar la selva entera, y dijo:

—Porque hoy, esta increíble reserva de Wuyishan nos ha hecho un extraordinario regalo. Nos ha demostrado que los sueños aún existen, que aún viven en las entrañas de sus bosques vírgenes. Que en esta reserva, en este trozo de paraíso que aún pervive en China, habitan maravillas que todavía no conocemos. Porque si un animal como éste ha logrado permanecer oculto tantos años a los ojos de la ciencia, ¿qué otras fantásticas especies nos aguardan aquí?

Miró a la cámara y remató:

—Por eso desde aquí proponemos que esta increíble tigresa azul sea considerada por todo el mundo la embajadora de Wuyishan, un sím-

bolo de la conservación de los últimos paraísos ecológicos, y nos sentimos profundamente honrados de poder colaborar con el gobierno chino para estudiar este animal y este fantástico lugar, Patrimonio de la Humanidad, y cuidarlo como se merece.

Había terminado el discurso con los ojos encendidos, arrodillado al lado de la cabeza azul de la tigresa, inspirado de tal manera que se habían quedado todos mirándolo, boquiabiertos. Hasta el oficial chino había dejado por fin la radio y miraba a Yerro empezando a comprender lo que había sucedido, y esbozando sin darse cuenta una ligera sonrisa.

Entonces oyeron que un helicóptero se aproximaba. El ruido de las aspas fue aumentando y sacó a todos de su ensimismamiento. Hehn se echó a reír estrepitosamente, exclamando entre sonoras carcajadas que no se lo podía creer.

La presencia del enorme helicóptero, que estaba preparándose para aterrizar en el claro, despertó también de su trance al oficial chino. Sabiendo que sus superiores lo estarían mirando por las ventanillas, comenzó a gritar a Mario en un macarrónico inglés.

—¡Usted no tiene derecho! ¡Tigre propiedad China! ¡Éste no ser tigre del permiso! ¡No permiso! ¡No permiso!

Blandía el dedo como una vieja regañona a una distancia peligrosamente corta de los dientes de Yerro, que se los enseñaba en un gesto que cada vez se parecía menos a una sonrisa. Éste trataba de ignorarlo con los brazos cruzados delante del pecho, mirando por encima de la cabeza del chino, que le llegaba a la altura de los codos. A pesar de que empezaba a resultar cargante, sabía que en el fondo el hombre estaba desempeñando el papel que le había tocado jugar, y que las personas que realmente tenían voz allí venían en el helicóptero junto al resto del personal de investigación de la BAUN.

En cuanto se apagaron las turbinas y los rotores fueron deteniéndose, se abrió una puerta lateral y empezaron a bajar todos.

—Fíjate —le dijo Hehn a Yerro—. Ahí vienen las fuerzas vivas.

—Pues no parecen muy contentas.

Tres

Habían llegado desde la ciudad de Wuyi esa misma mañana, muy temprano, en un interminable cortejo de automóviles. Yerro había avisado que hoy podría ser el gran día, y las autoridades chinas estaban deseosas de mostrar al mundo el compromiso de su gobierno en la lucha contra la pérdida de biodiversidad, así que habían venido todos en pleno para hacerse la foto, peripuestos y satisfechos. Desde el prefecto de Namping hasta el administrador de la reserva, pasando por la corte habitual de funcionarios y aprovechados.

En cuanto pusieron el pie en el suelo fueron todos en apresurada comitiva a ver a la tigresa azul. Pasaron del asombro a la agitación en cuanto comprobaron que era auténtica. Aquello no estaba en el guión. Y a los políticos no les gustan las cosas que no están en el guión. Y menos con cámaras cerca.

Dos funcionarios fueron hacia Gérard tratando de taparle el objetivo con la mano. Veterano, Gérard se zafó hasta que les puso en la tesitura de dejarlo en paz o pasar a la violencia. Titubearon y lo dejaron tranquilo.

El resto fue hacia donde estaban Hehn y Yerro. Uno de ellos se les encaró y empezó a despotricar en chino. Era el prefecto, con traje y corbata. Lo ideal para un día en el campo.

—El señor Xirong dice que este tigre no forma parte del acuerdo, que pertenece al pueblo chino y que las autoridades de la reserva se harán cargo de él inmediatamente. También le pide que apaguen la cámara y entreguen inmediatamente la grabación, pues no tienen permiso para grabar a este animal.

La que hablaba era una joven traductora, morena y con gafas, y recalcó la palabra «inmediatamente» las dos veces que la dijo. Yerro

sabía que el prefecto hablaba inglés correctamente, pero al parecer quería marcar las distancias. Lo miró sin pestañear a los ojos mientras respondía.

—Dígale al señor Xirong que tenemos un permiso oficial para capturar un ejemplar de Tigre de China, para trasladarlo a Sudáfrica dentro del proyecto que su gobierno tiene ya en marcha, y por supuesto para filmarlo. Su gobierno se ha comprometido con la BAUN por escrito a todo ello.

Antes de que la joven terminase de traducirlo al chino, Xirong empezó a levantar la voz otra vez. La joven se sonrojó ligeramente y dijo:

—El señor Xirong dice que este animal no es el que estaba previsto en el acuerdo, y que no tienen derecho ni a capturarlo ni a grabarlo, y que...

—Que sepamos, este animal es de la especie *Panthera tigris amoyensis*, que es lo que su gobierno se comprometió a preservar en firme en plena asamblea de las Naciones Unidas. Lo del color azul..., pues ya veremos de qué se trata. Dígale que si quiere desautorizar la orden del representante de su gobierno en la ONU, que lo haga por escrito. Y en cuanto a la cámara, puede decirle de mi parte que es inútil.

Le dedicó una amplia sonrisa y añadió:

—Además de grabar, estamos emitiendo en directo a la central de la BAUN, en Nueva York.

El burócrata miró hacia la cámara, perplejo, sin necesidad de que nadie le tradujera nada. Gérard le levantó un pulgar.

—Yo de usted sonreiría, Xirong. En unas horas esto va a estar en todos los periódicos y en todos los informativos de televisión. Y en Internet. ¿Le suena YouTube? ¿Google?

El prefecto lo miró espantado.

—Además no sé dónde está el problema —dijo con un punto de sorna—. Querían que encontráramos un tigre y lo hemos hecho. Uno espectacular. Mañana la reserva de Wuyishan será noticia de portada en todo el mundo y dejará en muy buen lugar a su gobierno y a su labor en defensa de la biodiversidad. ¿No nos pidieron que viniéramos para eso? Pues disfrute, hombre, disfrute del momento.

Le dio unas palmaditas en el hombro y lo dejó ahí, confuso, mirando a la cámara y tratando de sonreír, con sus subalternos imitándolo.

Fue de nuevo junto al tigre y cambió unas palabras con Katz, que ya estaba organizando al resto de su equipo y preparando a la tigresa para su traslado. A partir de aquel momento, le dijo, quedaba al mando del dispositivo de campo del Noé 7, que es como se denominaba en el código interno de la BAUN al proyecto que estaban haciendo en Wuyishan. Un proyecto que tenía como objetivo final y secreto no capturar un tigre, sino proteger a toda costa una reserva natural que era el lugar con mayor biodiversidad de todo el sureste chino. Era como una especie de Arca de Noé en la que navegaran los últimos supervivientes de infinidad de especies, en busca de una última oportunidad.

Las derrotadas fuerzas vivas terminaron de hacer el paripé frente a la cámara y se dirigieron al helicóptero, con semblantes hoscos. Yerro le hizo una seña a Hehn, se despidieron con abrazos del resto del equipo y subieron también al aparato. Los funcionarios se esforzaron en no mirarlos, como si no existieran.

En cuanto el helicóptero despegó en dirección al campamento base, Hehn le dedicó una significativa mirada a Yerro, sentado a su lado. Éste se quitó los auriculares y cerró el puño en torno al micrófono en un gesto que no era casual. El veterano cazador lo imitó y le dijo, con una media sonrisa y el tono justo para que nadie más pudiera oírlo con el ruido del rotor:

—No sabía que te gustaran tanto las historias de misioneros. ¿Sueles leerlas al irte a dormir?

—A veces incluso a la hora de la siesta —dijo con una sonrisa—. ¿Conoces a Li Hao?

Hehn contrajo el gesto haciendo memoria y negó después con la cabeza.

—Es la directora de la oficina en China de la Unión Internacional de Protección de la Naturaleza. Es amiga del jefe.

—¿Y...?

—Pues que maneja una red de biólogos, naturalistas, conservacionistas y demás gente de campo por todo el país. Algunos son colaboradores de los planes oficiales. Otros, no.

—¿Quieres decir que ella sabía...?

Yerro asintió.

—Fue un tipo que se llama Zhou no se qué. Un granjero de Meiping, un pueblecito a unos kilómetros de aquí, cerca del borde de la

reserva. Dijo hace unos meses que había visto un tigre azul, pero no le hicieron demasiado caso. Hizo un poco de ruido en los medios locales hasta que se cansó, pero al final llegó a oídos de alguien de la red de Hao. Ella investigó un poco y encontró el precedente de Caldwell, le pareció interesante y lo comentó con el jefe.

—Ya decía yo que la lección histórica te había salido demasiado bien para ser improvisada —dijo con sonrisa de tiburón—. Lo que sí es verdad es que esto os ha venido al pelo con el proyecto vuestro de los tigres.

Yerro lo miró burlón, sin decir nada. Hehn se quedó quieto por un momento, pensando, y luego se cubrió los ojos con la mano y negó con incredulidad.

—¡No me lo puedo creer! —dijo entre risas.

Yerro se rió también un poco, a pesar de que la adrenalina le estaba bajando y las heridas empezaban a dolerle de verdad.

—Les hemos hecho la cama desde el principio. Sabíamos que tenían planes para la reserva y no podíamos quedarnos de brazos cruzados. Está catalogada como Patrimonio de la Humanidad, ¿sabes? En los últimos cien años se han descubierto en ella más de seiscientas especies nuevas de animales. Y se iba a ir todo al infierno por lo de siempre. Por los intereses de cuatro listos.

—Pero el plan de los chinos con los tigres...

—Una de esas cosas que les gusta tanto hacer a los capullos como éstos —dijo señalando con la cabeza a los políticos, que miraban obstinadamente por la ventana de la cabina—. Es una operación de cara a la galería. A los tigres que vengan de vuelta no los van a liberar aquí, sino en zonas preparadas para el turismo, como una especie de zoológicos al aire libre. Y ya me dirás de qué nos vale salvar a los tigres si se llevan por delante toda la reserva. Así que cuando nos enteramos de lo del tigre azul, pensamos que podíamos usar este proyecto para llegar hasta aquí, y luego utilizar a la opinión pública para obligarlos a salvar la reserva. Si hubiéramos encontrado un tigre salvaje ya hubiese estado bien para filmar un reportaje potente. Nos hubiera dado argumentos para exigir la defensa de toda la zona. Pero si encontrábamos uno azul...

—Ahora entiendo por qué se ha puesto de uñas —dijo señalando con el pulgar a Xirong, que miraba preocupado por la ventanilla.

—Ese impresentable y sus amigos están haciendo todo lo posible

para meter mano a la reserva. Han descubierto que está llena de maderas nobles y las quieren... Hay mucho dinero en juego, tanto en el negocio directo como en comisiones. Por eso no le interesa nada que la opinión pública mundial fije su atención aquí.

Llegaron con el helicóptero al campamento base y los políticos se fueron directos a sus coches, dejando tras de sí una estela de falsa dignidad ultrajada. Mario y Hehn se quedaron en el borde del campamento y fueron despidiendo a los coches con la mano, uno a uno, mientras sus ocupantes mantenían la vista al frente. En cuanto el último desapareció envuelto en su correspondiente nube de polvo, Yerro se permitió por fin enfilar hacia la tienda del médico de la expedición, con una mueca de dolor.

Salió al cabo de un rato con un par de zurcidos nuevos, medio kilo de vendas, y ganas de volver a casa. La verdad es que ya no hacía falta allí, con la tigresa capturada y bajo los atentos cuidados de Katz. Así que valoró con Hehn la idea de largarse cuanto antes, él a su piso en Nueva York y el veterano cazador a su finca de Sudáfrica.

El todoterreno de la BAUN avanzaba seguro y despacio por las revueltas de la retorcida y polvorienta carretera de montaña. Tenían tiempo de sobra hasta que saliera el vuelo y habían decidido sacrificar la velocidad con tal de ahorrarle bamboleos innecesarios al sufrido pasajero que ocupaba los asientos de atrás. Yerro había establecido allí sus dominios. Había improvisado una especie de *chaise longue* acumulando bolsas y mochilas, e iba recostado a medias entre ellas y el asiento, con las piernas más o menos estiradas y el cuerpo de lado, en una postura concienzudamente estudiada para que el máximo número de heridas no tocara con nada. La voz de Hehn, que charlaba con el conductor en el asiento delantero, formaba con el ruido del motor diésel un rumor de fondo monótono y sedante, que lo arrullaba mientras se iba quedando amodorrado.

Iba pensando un poco en todo mientras miraba el paisaje, haciendo balance de lo que había dado de sí la expedición. Vaya piezas, pensó con una sonrisa cansada, el Xirong y sus secuaces. Canela en rama. La cara que había puesto cuando se enteró de que Gérard le estaba grabando en directo para la central de la BAUN había sido para enmarcarla. Para enmarcarla y colgarla en el salón, junto a las del

resto de los especuladores a los que había ido fastidiando sus planes en estos dos últimos años. En el fondo era consciente de que era inútil hacer de eso algo personal, aunque fuera así como lo vivía. Sabía que se enfrentaba a un enemigo de mil cabezas que se renovaban continuamente. Tras cada Xirong había cinco más esperando ocupar su sitio, iguales o peores que él. A estas alturas ya no tenía demasiada fe en la naturaleza humana.

Cerró los ojos y desechó con un gesto de la mano esos pensamientos sobre batallas perdidas, como si espantara una mosca verde y fea: hoy no era un día de derrota, sino de victoria. Así que dejó que su mente desdibujara el rostro pasmado del chino y lo trocara por el de la tigresa azul. Sonrió al recordarla durmiendo sobre la yerba, todavía sedada. Tenía el aura de la realeza. Un rostro majestuoso y sereno. Un cuerpo potente y elegante, animado por el espíritu esencial de la naturaleza, puro y destilado. Y ese color, ese azul... aquello bordeaba ya los límites de la razón, de lo natural. No se dignó siquiera a pensar en las particularidades de la posible mutación que parecía afectar a los genes de los pigmentos epiteliales. En aquel momento le daba igual el aspecto técnico del asunto. Era como un niño yendo al circo: no quería ver el truco, sino disfrutar de la magia. Porque era precisamente eso, un animal mágico. Y por supuesto no le guardaba ni el más mínimo rencor por el ataque; hasta se sentía casi halagado por ello. Incluso fantaseaba con la posibilidad de que no hubiera sido del todo real, sino más bien una especie de representación de la tigresa y él de cara al resto del mundo. Una puesta en escena, como si aquélla fuera la única manera aceptable en la que ambos pudieran establecer contacto. Sí, tal vez había sido así. A fin de cuentas era ella la que lo había llamado para que fuera a rescatarla, así que ¿por qué iba a atacar a su caballero defensor?

Se dio la vuelta en el asiento y se tapó con la chaqueta, mientras el murmullo de la conversación y el ruido del coche se hacían un poco más lejanos. Todo había sucedido tan deprisa que no había podido verla en movimiento, pero pudo imaginarla sin esfuerzo. Lo había estado haciendo durante semanas. La veía contemplando su reino selvático desde las alturas de alguna montaña de la reserva, consciente del peligro que se cernía sobre sus súbditos y sus dominios. Y de alguna manera que también entraba en lo mágico de esta historia, había pedido ayuda a través de esa red sutil que todo lo conecta, hasta llegar a él. Lo había hecho primero a través de las fotografías, meros coloreas-

dos por ordenador, que el jefe le había dado para ilustrar el giro que iba a tomar el proyecto Noé 7 que estaban ultimando. Acababan de recibir el chivatazo de Li Hao y había reunido un pequeño dossier con lo poco, apenas nada, que se sabía sobre los tigres azules. Y fiel a su estilo personal de hacer las cosas, Daniel le había deslizado entre la documentación algo que no formaba parte habitual de la información técnica que solían manejar en la BAUN: un cuento de Borges; uno titulado precisamente «Tigres Azules».

Si aquellos límpidos ojos amarillos refulgiendo entre el azul lo habían atrapado inmediatamente, como un anzuelo a un pez, el cuento de Borges obró su milagro tras un par de días de maduración. Le produjo tras una primera lectura una sensación extraña, un sentimiento potente pero confuso que le dio una dimensión de trascendencia al proyecto que estaban a punto de emprender, pero que requirió una larga digestión hasta que pudo racionalizarlo un poco, de encontrar el porqué de esa conmoción.

Se recolocó un poco en su asiento mientras el conductor encendía las luces del todoterreno y una voz desde otra dimensión comentaba que se estaba haciendo de noche. El cuento era onírico y extraño. Y para ser fiel a la verdad, lo único que tenía que ver con su proyecto era el título y el arranque. Trataba de un profesor universitario que daba clases en la India colonial, la de los cuentos de Kipling, y que se enteró de la existencia de unos sorprendentes tigres azules en una región del Ganges. Al hombre lo obsesionaban desde pequeño los tigres, así que decide ir a cazarlo, quién sabe si con la intención de cobrarse un trofeo o con la de volver a conectar con algún elemento perdido de su infancia. Llega siguiendo el rastro a una remota aldea, cuyos habitantes parecen jugar con él, y nunca está seguro de si realmente quieren ayudarlo a capturar el tigre o más bien pretenden confundirlo con infinitas pistas falsas. Así que una noche sale a escondidas del pueblo y escala una colina sagrada y prohibida. Y allí, en vez del tigre, realiza un extraño descubrimiento: unas piedras azules, pequeñas y circulares, parecidas a monedas, que tienen la insólita propiedad de multiplicarse o dividirse más allá de cualquier razonamiento, algo especialmente irónico e irritante para un profesor de lógica. Los indígenas poco menos que lo echan del pueblo, asustados por lo que ha bajado de la colina, y, según van pasando los días, ya de vuelta en su universidad, siente cómo poco a poco va perdiendo la razón. Su mente analítica es incapaz de procesar

el prodigio de las piedras: coge cuatro con la mano, abre el puño, y son diecisiete. Sin lógica ni estadística posible, mutan su número desde tres hasta más de cuatrocientas delante de sus propios ojos. Sólo hacen eso: desafiar la lógica y desestabilizar su mundo. Al final, desesperado, pide ayuda a Dios, y entonces un mendigo aparece, instándole a que le dé limosna y señalándole el bolsillo donde guarda las piedras. El profesor comprende, y se las entrega, pero con el aviso de que pueden ser algo terrible. Y entonces el hombre le contesta algo antes de irse, algo a lo que Yerro estuvo dándole vueltas durante toda una noche y que terminó aprendiéndose de memoria. Le dijo el mendigo: «No sé aún cuál es tu limosna, pero la mía es espantosa. Te quedas con los días y las noches, con la cordura, con los hábitos, con el mundo».

Visceralmente, aquello le resultó a Mario horrible, vacío y gris, y tras meditar sobre la desazón que le producía, interpretó que las piedras azules significaban algo así como la magia del mundo; la existencia de cosas fantásticas que escapan a nuestra imaginación y comprensión, y sin las cuales la vida se convierte en una versión de cartón piedra que apenas merece ser vivida.

Como la tigresa azul, pensó, cerrando así el círculo de sus divagaciones, que bien podía encarnar la magia de la naturaleza. La prueba viviente de que pueden existir en las zonas inexploradas del mundo seres fantásticos que ni siquiera hemos imaginado. Y eso, sin duda, valía la pena. Era un motivo por el que luchar. Y lo que desde un punto de vista íntimo era más importante para un Yerro que estaba en medio de una profunda crisis personal, aquello le daba cierto sentido a esa guerra quimérica en que parecía haberse transformado su vida.

Esas piedras azules mágicas... casi podía verlas. Se concentró un poco más y las vio entonces, en su mano. Estaba dormido, soñando con ellas.

Soñó que era el protagonista del cuento, y que el mendigo ciego que aparecía al final tenía el rostro de Xirong, y que decidía quedarse con las piedras azules y no entregárselas. A él no le angustiaban, sino que le gustaban, y sintió en lo más hondo que eran sumamente importantes y que su deber era cuidarlas.

Y creer en ellas.

Cuatro

Mátalos a todos. ¡A todos! Hasta a los niños. Y que desaparezcan de una maldita vez.

Cogió un cigarrillo con unas manos que temblaban demasiado poco y lo encendió con un mechero de mesa de oro. Se retrepó en el sillón de cuero de su despacho y cruzó los brazos. Sujetó el cigarro con la mano derecha y dejó la izquierda metida entre la articulación del brazo y el antebrazo derechos, protegida. Ahora sí que estaba empezando a temblar, mientras rumiaba la conclusión a la que había llegado y que tanto se parecía a una sentencia. Exhaló el humo despacio, con la mirada perdida en las nieblas que se formaban en torno a la lámpara de la mesa. Casi empezaba a sentir alivio. Con esa decisión iba a poner punto y final a muchos problemas.

Imbéciles. ¿Creían que podían estropearlo todo?

El plan era tan magnífico, de tanta envergadura, tan bien planteado y llevado a cabo... había tardado seis años en hacer que todas las piezas fueran encajando en las posiciones en las que ahora estaban. Tanto dinero invertido, tantos esfuerzos, tantas personas y empresas involucradas; todas siguiendo sus instrucciones, su plan, siempre en silencio, siempre en secreto, esperando a que llegase el momento. Ella se había encargado personalmente de cuidar de que todo fuera como la seda, de engrasar a conciencia las piezas para que la maquinaria del proyecto funcionase sin contratiempos. Hasta que ellos aparecieron en el rincón menos esperado y se empeñaron en estropearlo todo, sin atender a razones.

Ellos la habían obligado a tomar esa salida. Era su culpa.

Se quitó las pequeñas gafas que usaba para leer y las dejó sobre el cuero verde de la mesa. Se masajó con el pulgar y el anular la marca

que le habían dejado en el puente de la nariz, mientras seguía sosteniendo el cigarrillo. Llevaba horas revisando los detalles del proyecto, por si encontraba alguna alternativa. Pero no la había. No, si quería que el resultado fuera óptimo, magnífico. Y por supuesto que iba a ser así. Porque ése era *su* proyecto. El culmen de su carrera. Un éxito que la consolidaría para siempre en la posición a la que tanto le había costado ascender. La cúspide. Tan pequeña, tan selecta. Había sacrificado tanto por ello... No. Sonrió mientras daba una profunda calada al cigarrillo. No era cierto; no había sacrificado nada. Estaba donde quería estar, como quería estar. Nunca había tenido verdadera tentación de formar una familia. Era el poder lo que siempre la había seducido. El poder. El estatus. ¿Soledad? Sonrió con suficiencia y expelió el humo con fuerza. Había formas de solucionar eso.

Todo tenía solución cuando uno estaba en el poder.

Se levantó y caminó hacia el ventanal blindado. Sus pasos resonaron nítidos en cuanto salió de la alfombra. Había niebla y todo aparecía difuso unos metros más allá. El césped del jardín se veía frío y húmedo. Era media tarde y algunas zonas aún tenían algo de escarcha.

El problema, lo sabía bien, es que había apostado tan fuerte por el proyecto que su futuro personal estaba ligado indisolublemente al éxito del mismo. Su idea era novedosa, brillante, y había movilizadado y coordinado todos los esfuerzos necesarios para convertirla en algo real. Algo que podía hacerles ganar infinito dinero, por no hablar de su repercusión a nivel mundial. Pero también había comprometido una parte vital de los recursos de la empresa. Y si el proyecto fracasaba, la empresa... Peor aún, en breve se iba a implicar también aquella nebulosa entidad que flotaba sobre ella, y de la que había aprendido a no hacer preguntas: La Corporación. Se estremeció como si algo de frío se hubiera colado en el despacho, a pesar del grueso cristal. La Corporación. Esas dos palabras que eran las verdaderas dueñas de la empresa, y con toda seguridad de muchas otras. Ella era tan sólo la presidenta y una accionista importante. Apagó el cigarrillo y desechó con un gesto de preocupación un pensamiento que estaba cobrando forma en su mente: ¿hasta dónde llegaría el poder de La Corporación? Un par de gotas de sudor aparecieron en su frente cuando volvió a la mesa, a coger de nuevo el expediente. Y no hacía calor.

Lo hojeó de nuevo y sintió crecer un sordo palpitar en su estóma-

go. Apretó los labios en un gesto de desprecio y soberbia. ¿Quienes se creían que eran para entorpecer algo así? Estaba indignada. ¡Estúpidos! Les habían dado opciones y facilidades. ¿Y no habían querido? ¡Pues peor para ellos!

¡Mátalos! Mátalos a todos. ¡A todos! Hasta a los niños. ¡Y que desaparezcan de una vez!

Encendió otro cigarrillo, soltó el humo con furia y cogió el teléfono de la línea segura.

Dos minutos después, en la otra punta del mundo, un ejecutivo miró el teléfono que acababa de colgar y se pasó la mano derecha por el pelo, húmedo de fijador. La mano temblaba. La otra agarraba todavía el auricular. Sabía que si lo soltaba, también esa mano temblaría. Se decidió a dejarlo por fin y giró su sillón. Miró a través del enorme ventanal que llenaba casi toda la pared. Desde su despacho, en la planta más alta del rascacielos más alto, la ciudad se extendía en la noche como un manto dorado de luces. A él le importó un bledo. Tenía la boca seca.

Respiró hondo unas cuantas veces hasta que logró serenarse.

Vamos, vamos, que no se diga. No has llegado hasta aquí por casualidad. Has sido siempre el primero y el más listo. El más eficaz. No vamos a venirnos abajo ahora, ¿verdad?

Se levantó y se sirvió un whisky sin agua y sin hielo, casi hasta el borde.

Estás aquí porque solucionas problemas y haces que las cosas funcionen. Y si no lo haces tú, hay veinte tiburones deseando ocupar tu despacho y que estarán dispuestos a hacerlo con una sonrisa, silbando si hace falta. Ya lo preparaste todo con el contacto que te pasaron. Aunque en el fondo nunca pensamos que esto se fuera a hacer de verdad... pero bueno. Ahora sólo hay que hacer una llamada, tampoco es para tanto.

Se bebió la mitad del vaso de un trago y la voz de su cabeza pareció un poco más segura al hablar de nuevo:

Además, no es responsabilidad tuya. No es tu decisión. Tú sólo transmites su orden... el pecado es todo suyo. Tú no puedes hacer nada por evitarlo. Si no lo haces tú, lo harán otros. Pero lo harán. Así que mejor que seas tú el que lo haga, ¿no? ¿Para qué perderlo todo si al final va a suceder igual? Coge el teléfono, anda, y no pienses más en ello. ¡Si no es tu culpa!

Se bebió el resto del whisky y cogió el teléfono. Vio que era capaz de hablar sin que le temblara la voz y marcó. Deseó que no se lo cogieran. Lo hicieron al tercer ring.

–Hola... ¿Smith? –dijo.

El tipo no se había calentado mucho la cabeza para buscarse un pseudónimo.

–Dígame.

–Luz... luz verde.

–Luz verde –repitió el otro con calma–. ¿Está totalmente seguro? Cuando lo ponga en marcha no podremos mantenernos en contacto.

Se metió los dedos de la mano izquierda por el pelo y se apretó la frente hasta hacerse daño.

–Sí –dijo por fin–. Queremos acabar con el problema de raíz. Definitivamente. Del todo.

El señor Smith calló por unos instantes y suspiró.

–De acuerdo –dijo–. En dos horas nos pondremos en marcha. Por favor, llámeme antes de esa hora si hubiera cualquier cambio en el plan.

El ejecutivo se despidió y colgó. No habría cambios. Apoyó los codos en el escritorio y se echó a llorar.

Las luces de la ciudad siguieron brillando con fuerza allá afuera, felices y ajenas a todo.